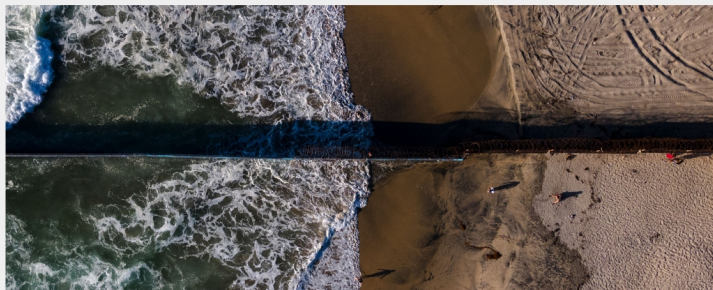




RELATOS DESDE LA AUTOETNOGRAFÍA

Narrativas fronterizas de nuestra
América



ROXANA RODRÍGUEZ ORTIZ
(EDITORA)

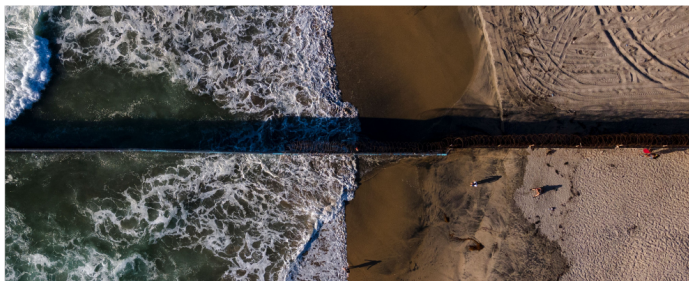
AFTER THE STORM
PUBLISHING HOUSE

ESTUDIOS FRONTERIZOS
Plataforma de exploración fronteriza. Dispositivo de reflexión teórica y enunciación práctica.



RELATOS DESDE LA AUTOETNOGRAFÍA

Narrativas fronterizas de nuestra
América



ROXANA RODRÍGUEZ ORTIZ
(EDITORIA)

Copyright © 2026 por las autoras

Primera edición: marzo de 2026

Relatos desde la autoetnografía

Edición: Juan M. Fernández Chico

Diseño de portada: Caja Negra

ISBN: 9798251955774

Publicado por After the Storm

El Paso, Texas, Estados Unidos

Marzo de 2026

www.afterthestorm.store

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares, sin la autorización previa y por escrito de la editorial, salvo en los casos permitidos por la ley.

Los textos reunidos en este volumen son responsabilidad de sus autoras. Las ideas, reflexiones y experiencias aquí expresadas forman parte de una apuesta ética, narrativa y crítica por la escritura desde la experiencia.

After the Storm es una editorial independiente interesada en publicar libros que dialoguen con las fronteras, la memoria, la imaginación, la crítica y las múltiples formas de narrar nuestro tiempo.

Impreso en Estados Unidos de América

Índice

Presentación	VII
Roxana Rodríguez Ortiz	
1. Cuerpo sostén	1
Daniela Vanessa Palma Arroyo	
2. Cuerpespín. Cuerpo casa	15
Christine Brault	
3. Avocado Génova	27
Andrea Itzel Padilla Mireles	
4. La barda	43
Liliana Martínez	
5. Crisálida Meximalista	48
Laura Viridiana Orosco Martínez	

6. Los que medio regresan	57
Noemi Ocadiz de la Cruz	
7. El sentir de la antropóloga: notas desde una frontera afectiva	61
Sofia Cash	
8. Catástrofes	73
Luisa Alquisiras Terrones	
Autoras	83

Presentación

Roxana Rodríguez Ortiz

¿Es el ensayo la única posibilidad de escribir en tono académico? ¿Qué violencias implícitas lleva por sí sola la escritura? ¿Podemos transgredir las fronteras de la escritura canónica del artículo científico? ¿Con qué otros registros transcribimos la etnografía? ¿En dónde queda la anécdota, la experiencia personal del cruce, cuando presentamos resultados de investigación? ¿Qué ejemplos de escritura podemos considerar para referirnos al otro, a los otros o a nosotras mismas como investigadoras?

Estas y otras preguntas fueron las detonantes para escribir los textos que conforman

este libro. Reflexiones que se dieron en el marco de la 12ª edición del Seminario Permanente de Estudios Fronterizos (SPEF) titulado “Narrativas fronterizas: des-corporizar afectos y des-fronterizar el límite narrativo de la escritura académica”. Seminario que se realizó durante el segundo semestre de 2025 y que forma parte de las actividades del grupo de investigación Estudios Fronterizos de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).

No es la primera vez que proponemos, como parte de las actividades del grupo, un trabajo de escritura colectiva con características de seminario/taller en el que, al tiempo de leer, analizar, reflexionar a partir de ciertas lecturas previamente seleccionadas, realizamos ejercicios de escritura creativa que nos permitan proponer

un texto que tallereamos en colectivo.¹ Durante tres meses de trabajo, que es lo que normalmente duran nuestros seminarios, cada quien propone un tema, presenta sus avances, leemos en voz alta los textos y nos vulneramos ante la escucha-mirada de quienes comparten con nosotras la inquietud de escribir en otras tonalidades.

Este seminario/taller nos confronta con nuestra propia manera de escribir, con la voz con la que estamos acostumbradas (la tercera del singular), con el ritmo, con la denuncia, con la crítica, incluso con nuestra ideología. Tomar la decisión de ocupar la primera persona del singular para escribir o de explorar otras voces, sin necesidad de darle voz a otros, resulta

1. Se puede consultar *Venida sin paso. Narrativas fronterizas desde nuestra América* (2023). Libro que surge de una versión anterior a este seminario-taller en el que propusimos la misma metodología de trabajo a un grupo de personas provenientes, mayoritariamente, del sur de América.

un ejercicio aterrador. De ahí la riqueza de estos textos: la honestidad, la vulnerabilidad, la ausencia de un yo individual.

Lo que observamos en *Relatos desde la autoetnografía* es un yo colectivo, donde las problemáticas, los abordajes, el estilo de escribir cambian, pero en conjunto forman un todo. Los temas de esta segunda compilación de *narrativas fronterizas* nuevamente hacen referencia a la migración y las fronteras. El libro está compuesto por ocho textos escritos por mujeres de diferentes latitudes de *nuestra América*. Mujeres con preocupaciones particulares de hacer investigación. Investigadoras con diferentes experiencias en campo que se traducen a su vida diaria. Activistas, artistas que encontraron en el cruce de fronteras geopolíticas una manera de encontrarse a sí mismas.

La riqueza de este texto, entonces, está puesta en lo que esas otras fronteras, las textuales, nos dejan observar de la experiencia migratoria. Da igual si migras del campo a la ciudad, de país, de continente, de lengua o simplemente te decantas

por observar las fronteras que la sociedad nos impone. La referencia al otro, a la otra, es la que marca el devenir de nuestra escritura académica, por qué no darle entonces otras tonalidades, como lo hacen las autoras de estos textos

El primer texto, el que abre el libro, se titula “Cuerpo sostén”, lo escribe Daniela Vanessa Palma Arroyo. Un texto en el que el cuerpo de quien escribe, marcado por una experiencia de enfermedad y por la migración, descubre en el encuentro con otro cuerpo chueco una forma de sostén mutuo que no necesita idioma. En la risa que comparten las protagonistas se condensan los cruces de frontera y la fuerza que hace habitable la incertidumbre de vivir en otro continente, de descubrir una nueva cultura.

“Cuerpespín”, de Christine Brault, ofrece un relato poético y performático con idas y vueltas geográficas y temporales según una constelación de afectos y sentires. Del norte al sur, la autora reflexiona sobre la magia del encuentro, la vulnerabilidad, la empatía y la imagen obsesiva de las espinas. Consciente del privilegio del libre desplazamiento que tiene, propone una

narrativa íntimamente ligada a la búsqueda de justicia que forja su identidad borderiana.

El texto de Andrea Itzel Padilla Mireles, titulado “Avocado Génova”, explora la tensa atmósfera de un call center jurídico en la Ciudad de México, donde empleados precarizados gestionan los casos migratorios de una abogada mediática. El relato se centra en el colapso emocional de una trabajadora tras una llamada. Lo que detona traumas personales y académicos, resaltando a su vez, el contraste entre el lujoso discurso del “sueño americano” y la explotación laboral que sostiene el lucrativo negocio de la consultoría legal migratoria.

“La barda”, título del texto de Liliana Elizabeth Martínez Pérez, hace referencia a los muros, las fronteras, las barreras que la sociedad le pone a una mujer para vivir libremente. Son las reglas, los miedos, las carencias y las expectativas que la obligan a quedarse en su lugar, a no moverse, a no desear más. Una barda que no solo está afuera, también se va metiendo en su cuerpo y en su forma de pensar, hasta hacerle creer que no puede cruzar, que no hay

otro camino. Así, la sociedad la encierra poco a poco, la cansa y la acostumbra a vivir con menos, como si ese límite fuera natural.

“Crisálida Meximalista”, texto de Laura Viridiana Orosco Martínez, retrata la periferia de la CDMX. Atemporal e histórico, el barrio se hace presente. La autora nos toma de la mano y nos conduce por el verde de su raíz. Nos muestra la riqueza cultural, la precariedad y la hospitalidad. Con su capacidad de metamorfosis, nos demuestra que siempre hay más mundos posibles.

“Los que medio regresan” es un texto que aborda el retorno de un hombre marcado por la migración y el desgaste del tiempo. Noemí Ocadiz de la Cruz recurre a las infancias para revelar los silencios y tensiones que la presencia de quien vuelve introduce en el hogar. La madre, por su parte, encarna una hospitalidad atravesada por la memoria y la resignación. La enfermedad y la muerte del personaje hacen visible el costo humano del desplazamiento. El relato propone una reflexión sobre la migración como una experiencia de fractura existencial en

la que nadie regresa —ni espera— intacto.

Sofía Cash propone una reflexión etnográfica y autoetnográfica sobre el trabajo de campo de una antropóloga en albergues para personas migrantes en tránsito por México. A partir de escenas cotidianas y testimonios, “El sentir de una antropóloga: notas desde una frontera afectiva”, analiza cómo las violencias estructurales en sus lugares de origen y en el camino se inscriben en sus cuerpos, sus emociones y sus maternidades. La autora problematiza las fronteras entre la investigación, su sentir y los afectos, así como las tensiones del involucramiento en contextos de sufrimiento extremo. Plantea a la etnografía como una práctica situada, atravesada por el temblor emocional y la imposibilidad de permanecer intacta.

El último texto, escrito por Luisa Alquisiras Terrones, está situado entre el registro etnográfico y lo autobiográfico. “Catástrofe” se escribe no como un fin, sino como el umbral de transformación. Un juego de temporalidades que le permite a la autora reflexionar

sobre la maternidad como experiencia límite, asociándola a un recuerdo del trabajo de campo, evocado por el juego de su hija con una moneda aplastada por el tren. Dicho vestigio material de la violencia que caracteriza la migración irregular en México se transforma, así, en un instrumento para reflexionar y comprender la propia historia.

Relatos desde la autoetnografía. Narrativas fronterizas de nuestra América nos demuestra que podemos escribir distinto en la academia, sin sacrificar rigor argumentativo, sistematicidad o metodología y, sobre todo, de que es posible escribir en y desde el colectivo. Otras formas de hacer conocimiento.

CDMX, 2026

1

Cuerpo sostén

Daniela Vanessa Palma Arroyo

 Mi cuerpo no le sirve a nadie
 porque no está construido
 para la servidumbre.

 Carmen Vallejo, Capacitismo.

 Dedicado a ella,
 al trabajo que detesté con mi cuerpo entero,
y a los demás cuerpos sostén que me abrazaron
 cuando más lo necesitaba.

 Camino por Pitt Street hacia Karangahape
Road. El sol apenas roza los vidrios de los
edificios y las sombras todavía no despiertan.

Algunos destellos se deshacen al alcanzarme, mientras avanzo entre las telas verdes que separan el andén de la zona en construcción. Al pasar frente al Ocean Blue Dairy, mis pasos se tensan.

Le temo a los tres borrachos que duermen fuera de la iglesia, devotos de la juerga de la noche anterior. Doblo a la izquierda y, al llegar a K-Road, el ritmo me cambia. Esta calle tiene esa manía de recibirme como una vieja conocida que insiste en contarme su historia, hasta lograr que uno termine aprendiéndola.

K-Road es Karangahape Road en maorí. Antes de la llegada de los europeos, este territorio estaba habitado por distintas iwi, tribus, que usaban ese nombre para señalar la cresta que atraviesa la ciudad. Dicen que hasta mediados del siglo XX fue la única calle del centro que conservó un nombre maorí, detalle que explica por qué varios colonos se torcían la lengua al pronunciarla.

K-Road siempre tiene un pulso particular. Puedes dormirte un día y al siguiente descubrir un mural donde ayer había una pared gris. Las

puertas llenas de stickers anuncian la cercanía de un bar. Tiendas, bares, tiendas, bares, un puesto de kebab. De noche, las luces del Calendar Girls nos tiñen la habitación de rojo, y los autos pasan con música tan alta que hacen vibrar el doble vidrio que intenta frenar el frío. De día, huele a café tostado, tabaco y polvo de construcción. El centro: la loca Karangahape.

El semáforo tarda. Mientras espero, me miro en el ventanal. Mi mente marca el tik tik tik tik del paso, pero se calla cuando vuelvo a la silueta de mi cuerpo sostén. Agrietada. Difusa. Me veo entre una capa de anuncios, luces de tienda y la sombra de otros peatones que pasan detrás. No termino de reconocirme, la falta de nitidez se volvió parte del equipaje desde que vivo lejos.

AT Mobile me avisa que la línea verde está por pasar. Cruzo la cebrá color arcoíris recién repintada, después de que un grupo homo lesbo transfóbico del primer mundo la cubriera de blanco.

Kia ora, saludo, y me siento junto a la chofer. Iré cómodamente estos veinte minutos hasta St Paul's College; desde ahí caminaré otros veinte

hasta Herne Bay, el suburbio más costoso de Aotearoa, Nueva Zelanda.

El viento sopla a 25 km/h, lo habitual en Auckland, Tāmaki Makaurau. Traigo un gorro de nieve, aunque aquí no nieva, solo para cubrirme las orejas. Hoy no voy a llamar a mi madre. No pienso sacar las manos de los bolsillos. Las cubro del frío mientras hablo sola, y no me importa, este es el único momento del día que me pertenece.

El movimiento del bus me acomoda los pensamientos. Los suelta de algún cajón interno que solo se abre cuando me siento aquí. Veinte minutos entre el sonido de las puertas automáticas y otros veinte caminando, entre el murmullo de las avenidas. Cuarenta minutos para recordar cómo llegué hasta aquí y lo que he aprendido a cargar.

En febrero de dos mil veintidós llegó la noticia. A él lo habían aceptado en un doctorado al otro lado del Pacífico. Una beca, una puerta abierta para su vida académica; para mí, el vértigo de un salto y la pregunta inevitable: ¿qué estoy dispuesta a dejar atrás? Renuncié

a un trabajo que se renovaba cada diez meses, esa rutina que me hizo creer, ingenuamente, que la estabilidad era algo alcanzable. Decidí permitirme lo contrario: que el mundo, de ahí en adelante, me resultara extraño. Quería aprender lo que enseñan la incertidumbre y sus bordes.

Apostamos por un visado que convertía nuestro amor en documento: una Partner of a Student Work Visa. Entre pruebas, fotografías, recibos y cartas, el afecto se volvió trámite. A mi cuerpo, evidencia, también se le exigía ser medible, respirable, predecible. En la clínica, un médico autorizado auscultó mi salud como si buscara la normalidad en cada parte. Peso, talla, radiografía de tórax, muestras de sangre, pruebas de embarazo e infecciones. La burocracia pidió incluso los rastros de una enfermedad que había marcado mi pasado. El maldito cáncer se me hacía frontera y, cada resultado, una especie de pasaporte biológico. No bastaba decir “estoy viva”, había que probarlo con cifras. Aquel día, en medio de tanto examen, mi piel se volvió dato y la pantalla

registró lo que mi cuerpo no puede sanar: un cuerpo sin un órgano.

Crucé el océano con él, con mi cuerpo sostén, un préstamo y la esperanza de encontrar algo más estable que un contrato de diez meses. El avión partió en agosto. De sur a sur, el cielo cambió de idioma. Llegamos a Aotearoa, tierra de la larga nube blanca, de montañas hundidas bajo el mar. Era invierno, como hoy. Pasaron semanas de mucho silencio. Para salvar mi vida decidí enviar solicitudes de empleo. Decían que en este país siempre hacían falta manos para cuidar. Cuando por fin llegó el correo, sentí que mi cuerpo había sido visto.

Esa primera vez tomé dos buses en lugar de uno. Me bajé unos metros antes, sin saber exactamente dónde quedaba la casa. El mapa del celular marcaba la ruta, pero mis ojos iban por su propia cuenta. Caminé un par de cuadras intentando orientarme entre jardines impecables y repetidos, fachadas silenciosas y portones que se cerraban cada vez que avanzaba. No era solo lo lujoso, ordenado, verde. Había un tipo de silencio que no admitía interrupciones.

El barrio parecía diseñado para que nada se saliera de su guion. Yo avanzaba despacio, con la sensación de que mis pasos sonaban más de lo que debían.

La calle se curvó y aparecieron unas villas antiguas, todas iguales, como tarjetas de postal. Revisé el mapa como quien desea estar perdida, buscando cualquier excusa para regresar. Pero ahí seguía, avanzando. La necesidad de ganar por fin mi independencia económica me mantuvo en movimiento. Me detuve frente a una vivienda inmensa que coincidía con la dirección y timbré. El sonido retumbó primero en mi pecho, antes de atravesar la puerta.

Al entrar, el blanco de sus paredes expulsó mi color mestizo, amarillo, curtido. Me esperaba una mujer joven de cuerpo robusto y cabello recogido hacia atrás, con una moña rosa. Su risa caía entre babas sobre un babero también rosa. Su mirada buscaba un punto fijo que no lograba encontrar, que no hallábamos. Nos entendimos de inmediato, sin palabras. Éramos dos cuerpos desacompañados aprendiendo a sostenerse, sin gramática, sin idioma: muy cripples, lisiadas,

tullidas, chuecas,¹ migrantes.

El mar azul frente a su casa lucía tan perfecto, tan precioso; prometía calma, pero nunca la ofrecía. Debajo dormía un campo de volcanes cubiertos por el mar de Tasmania. Veinte mil sismos al año, tsunamis, tormentas, ciclones con ráfagas de 170 km/h. Extraño a Cali, la sucursal del cielo.

Su madre, una mujer sudaka como yo, entró en escena. You need to speak English if you want to stay here, me dijo. Luego giró hacia

1. Haré referencia al cuerpo “chueco”, desde los estudios críticos de la discapacidad, para nombrar cuerpos y experiencias que se apartan de las normas de funcionalidad, simetría y productividad que la modernidad-capitalista instaló como ideales. No describo una falla biológica; más bien uso este término para nombrar y dar lugar a formas de existencia que desbordan las lógicas capacitistas, cuestionan el paradigma de la normalidad y ponen en evidencia los límites de los estándares hegemónicos.

otra empleada: Get out! Le gritó, y ella salió despavorida a limpiar la madera. Era otra chueca que frotaba y frotaba el piso; segundos después, no la volví a ver. La mujer volvió hacia su hija y dijo: Honey, she is going to bathe you, señalándome.

Puse el tapete antideslizante, el cepillo, la crema dental, la toalla. Abrí la llave del agua tibia y el baño empezó a nublarse. Salí tosiendo, todavía desacostumbrada a ese nivel de lujo. La chueca, en su silla, me esperaba junto a la cama. Levantó un pie. Deshice el cordón y cayó el primer zapato, luego el segundo. Enrosqué las medias en acordeón hasta liberar sus pies. Pecueca rancia, vieja, como agua estancada. El olor se me pegó al paladar. La prenda superior le quedó atrapada en la cabeza. Brazos arriba. Sudor añejo. Risas torcidas. La camisa cayó al suelo. Nosotras también, muertas de la risa. Bajé la licra a tirones: más sudor pegajoso, vellos apelmazados, la tela rosada marcada de humedad. Para llegar al agua tibia, tocó atravesar juntas el despojo.

One, two, three... aghh, su tronco se

inclinó. Mis manos frías hicieron de palancas. Caminamos a pasos cortos, pero el peso nos ganó. Por fortuna, la silla de la ducha recibió a la chueca. Giré la llave. El agua corrió abundante. Ambas terminamos mojadas. El agua bajó por su cuerpo, por el mío. El cuello, el tronco, los brazos. Se deslizó por sus piernas, mis piernas, la espalda. Entró en cada pliegue.

La autonomía de la chueca no va más allá de su ombligo. Somos dos cuerpos extranjeros, pensé. Sus piernas entreabiertas dejaban ver zonas rojas que pedían cuidado. Le acerqué un hilo de agua con la regadera para calmarla. Nos calmó a las dos.

Pobre mujer. Siempre que nos reímos, la saliva le desciende imprevista. Ese día me borró todo lo enjuagado. Mucha bestia, me dije. Me emputé. El título universitario no me sirvió para nada. La volví a enjuagar.

El pivote no respondía. La espalda dolía, y siguió doliendo por días. Aun así, frágiles, cansadas, quebradas, salimos del baño. La cortina cerrada anuló las miradas de su padrastro gringo y se volvió guardiana de su cuerpo

desnudo. Moví una mesa y chirrió feo: rayó la madera. La sudaka regresó furiosa: No, no, no. Me rayaste la madera del piso. En esta casa las cosas se cargan.

La chueca alzó un pie, ignorando a su madre con una valentía admirable. Yo abrí el aro de tela para recibirlo y seguir vistiéndola. Deslicé el calzón: tobillo, rodilla, pretina. De pie, subí el pantalón hasta la cadera. La costura rozó su piel sudada. Su talón buscó apoyo en mi muslo. Mi cuerpo, soporte. La media, desgastada pero limpia, se estiró en acordeón: cubrió el pie, la pierna. Otro pie, la misma secuencia. La licra, con notas de sol, formó un aro elástico. La subí hasta las rodillas. Ella esperó.

Mi espalda, ya dolorida, se enderezó desde el suelo. Tirón tras tirón, la licra se estiraba contra la piel y dejaba escapar un hedor dulce que se me pegaba al paladar y luego se perdía en el aire. Sin blusa, sus senos quedaron expuestos. Rodamos la silla hasta el armario: otra camisa rosa, otra risa. El espejo empañado apenas nos dejaba ver. Entre la imagen borrosa, dos cuerpos distorsionados. Dos rostros difusos, casi

espectrales.

El vapor borraba nuestros bordes. Los ojos eran sombras, la nariz un trazo, los labios una línea mínima que no alcanzaba para decir palabras, menos en inglés. El contorno de nuestras caras se derretía con el calor. Entre una respiración y otra, pequeñas islas claras se abrían en el vidrio. Ella gozaba viéndonos. Yo veía dos mujeres chuecas, dos cuerpos hechos para sostener, no para servir.

Su risa me sostiene. En esa risa encuentro el pasamanos del bus que recibe el peso de mi cuerpo cuando frena, el silencio de cuarenta minutos en los que pude narrar esta historia, la sombra en la que confío cuando camino en un país que no conozco, los 25 km de viento que, en vez de empujarme, me dan impulso. También encuentro la cama grande donde caigo al final del día, la respiración que vuelve, aunque no la llame.

That's it for today, dice la sudaka cuando la jornada termina. Por fortuna, cada día de este trabajo también acaba. Se extingue como la luz que queda pegada en la ventana al

final de la tarde, como el vapor que sale de su ducha y se diluye en el pasillo, como la conversación que parecía urgente y se desvanece al no encontrar lenguaje, como el temblor de mis piernas después de caminar mucho, como el frío que entra conmigo y se disipa al rato, como el cansancio que parecía roca y se quiebra al acostarme. Como la tensión en la espalda cuando por fin me siento, como el ruido de K-Road que se apaga al cerrar la ventana, como la rabia que se afloja tras un respiro, como la nostalgia que se repliega cuando cae la noche.

Aun así, ahora no puedo fantasear con el descanso a unos minutos de llegar a Herne Bay. El día apenas comienza, no he empezado a trabajar y mi cuerpo ya duele. Crucé el océano para acompañar a quien amaba, convencida de que venía a sostener lo nuestro. En cambio, me descubro sosteniendo mi cuerpo, sosteniendo otros cuerpos... siempre quedando en deuda.

Kia ora, saludo de nuevo. Entro a la casa y encuentro a la chueca. Su risa: mi sostén.

[1] Haré referencia al cuerpo “chueco”, desde los estudios críticos de la discapacidad,

para nombrar cuerpos y experiencias que se apartan de las normas de funcionalidad, simetría y productividad que la modernidad-capitalista instaló como ideales. No describo una falla biológica; más bien uso este término para nombrar y dar lugar a formas de existencia que desbordan las lógicas capacitistas, cuestionan el paradigma de la normalidad y ponen en evidencia los límites de los estándares hegemónicos.

2

Cuerpespín. Cuerpo casa

Christine Brault

CASA CORPORAL HECHA DE espinas.
Cuerpo espinas. Auto defensivo.
Siempre en estado de alerta. Mezquite. Espinas
antenas que captan desde donde llega el viento.
Se escucha el llanto, los gritos, las risas.

El muro. El bordo. Se escucha el tren.
Puuuuuu, puuuuuuuu. Camino lento. Lo que
me parece una familia que logra pasar por
las múltiples capas de alambre de púas. Dos
mujeres, dos niñas. Una primera mujer pasa,
ayuda a una niña, pasa. Luego, a la otra. La

segunda mujer hace un primer intento, las púas se agarran de su playera. Las remueve, se queda rasgada en el alambre. Respira, intenta otra vez más, lentamente. Logra pasar. Reunida con su familia. Lo presumo. La niña menor aplaude. Se me enchina la piel, me salen lágrimas, el corazón se hincha. Respiro.

Otras vienen después, apenas cruzan, llega la migra. El polvo del camión les desaparece. El muro. El borde donde se suceden huellas pasajeras.

Al norte del sur al sur del norte

Borderiana. Vengo de una familia borderiana. Mi abuelo paterno, desde St-Damien de Brandon (Quebec, Canadá), al inicio del siglo pasado, migró al sur, a buscar trabajo. Allí se encontró con mi abuela. Cerca del mar, el Atlántico. Rhodes Island, Estados Unidos. Olas y dunas. Era huérfana. Adoptada por una familia de origen franco —sin hablarlo. Gélinas que pronunciaban “guelaines”. Supongo que la lengua se perdió en el camino. Alma, mi abuela,

lo aprendió en la escuela, me contó mi padre. Junto con mi abuelo criaron cuatro hijos antes de migrar por el norte. Tiohtià:ke, Montreal. Acá nació mi padre. Acá nació yo.

Cuerpo espinas. De la rosa del jardín de mi padre al mezquite del bordo con sus flores de luz primaveral. Cuerpespín abre su camino, lento. Del sur del norte al norte del sur. El mezquite. Recuerdo su perfume. Andábamos en bicicleta. Entre orillas amarillas a la izquierda, río verde marrón, alambre de púas y acero oxidado, a la derecha. Pedaleamos hasta el puente negro. Paramos nuestras bicicletas, nos sentamos. El puente donde pasa el tren. Silencio. El puente, el muro. El tren, ya pasó.

Dos hombres jóvenes se acercan. Ambos de Perú. Con sus sonrisas, todavía. Llegaron en avión. Nos preguntan por dónde podían cruzar, por donde era mejor cruzar. Atravesar, proceso lento, salpicado de escollos. Seguir el sueño. Danger. El río, el alambre de púas, capas y más capas, el muro. El cielo, azul, impecable azul. La migra. Llegó la policía. ¿Qué hacen por acá? Paseando. Pausando, andamos en bici. Los

chavos se van. La policía nos avisa de cuidarnos, alejarnos de la zona.

Huellas memoriales en desplazamiento

Me pongo a recolectar huellas de personas migrantes en la misma zona. El bordo. La frontera, lado juarense, bajo el cielo tan azul. Alguna ropa, un pantalón de jogging gris, un tenis, un vestido azul oscuro, largo, un sostén de encaje, gris. El polvo omnipresente. ¿Cuánto tiempo se quedaron aquí? Para qué dejar atrás un sostén... ¿quitárselo por una libertad deseada?, quizás. Bajo un mezquite, encuentro un chaleco tipo “hoodie” verde con cabeza de dinosaurio. Algo me pica. Una bolita escondida, algún cardo se agarró en el camino. Más adelante, una playera chiquita amarilla con la inscripción “rebel”, ¿pertenece a una de las niñas?

Prendas dispersas marcan mi recorrido sin destinación propia, imprecisa. A cada pieza pienso en algún ser amado o encontrado hace

poco en la calle, en un café. Pienso en ese niño, a penas de 6 o 7 años, que encontré allí mismo el otro día. Se acercó, levantó su mirada, me abrazó: “¿vas a cruzar?” me preguntó. “No, hoy, no, todavía no.”

Era noviembre del 2022, cuando acompañé a Itzel, una amiga artista foto documentalista y a Cesario, un amigo artista y derechohumanista, ambes juarenses. Nunca había atravesado ese muro, la frontera mexicana nortea, el borde. No, nunca. Ese año, aun no me dejarían. No tenía la “buena” vacuna, no era estadounidense. Ahora voy y vengo entre Montreal y Ciudad Juárez por el arte. Por amor. Por otra parte, o por cualquier parte, me apasiono por las lenguas. Acompaño a personas in-migrantes con su nueva vida en québécois, dónde vivo y sueño, con ellos, por la mayoría del tiempo.

Burbujas de esperanza

Vuelvo a Juárez, a lo largo del bordo observo acampano una importante “ola” de migrantes, en su mayoría venezolanos. El año anterior

impartí algunos talleres artísticos con personas migrantes afectadas por el COVID en un refugio juarense. Familias, mujeres, hombres, niños. De Guatemala, Honduras, Nicaragua, otras partes de México: Guerrero, Michoacán, Veracruz. Todos viajaron sobre el tren, la Bestia. Después cruzaron la frontera. Fueron deportados en camión o a pie. Tsssssss. Bienvenido a México. Un hombre, los ojos mojados, así me contó. El sueño en pausa. Para muchas personas no era su primera vez. Volverán a cruzar. Una mujer con sus dos nenes me comentó, decidida. Yo podía ver sus pies lastimados, heridos, caminaba lentamente, su hija a su lado, tarareando.

El día que llegué les hice un performance con burbujas. No podía acercarme mucho, no por miedo, sino por la regla austera covidana. Soplé bolitas de jabón a las puertas de sus habitaciones. Signifiqué mi presencia con mis bulles de esperanza. Una niña se acercó, atrapada por esas chispas de luz, efímeras. Puuuuufff. Me parecía que nunca había visto eso, tan sencillo. Su mirada, un reflejo de la magia

operando. Le regalé la botella. Fue a contagiar la niñez presente, pequeña y grande. Suave repetición de un gesto amoroso, reconocer. Quimera luminosa. Risas.

Espinas natives y migrantes

Volver a las espinas... en camino al trabajo mostréalais.

Cuerpos espinas, natives, migrantes, muchas tienen la misma postura. La mitad del cuerpo doblada por delante. Inmovilidad. Espinas invertidas. Silenciosas. Cuerpos picados. Agujeros insaciables. Duele el porvenir en duelo.

Una mañana temprano el aire huele a compost. El olor llega del sur, atraviesa el río. Ando en bicicleta, veo lo que me parece un cuerpo inerte en la orilla de un terreno baldío. Cuerpo silenciado. Grita con el amarillo de su cobija. A su lado, sus huaraches rosas, de plástico, esperan su amanecer. Se quitó sus espinas. Llegaron las del frío otoñal. El mismo que entra en las partes desnudas de mi piel. Su cobija como única protección, único refugio.

Paso el día siguiente. Ninguna huella de la cobija, de los huaraches, de su presencia anterior, solo persiste el silencio, el polvo de lo que fue.

La seducción creciente del fentanilo, a crackear la vida. En mi escalera, una visitante sin invitación, con sus pipas transparentes. Mujer inuk, del norte polar. Abraza el sol, un reflejo del arcoíris del cristal del “palacio” de enfrente. Se prepara para consumir otro tipo de nieve que la proyectará en algún reino efímero. Me mira, en su rostro se dibuja una punta de risa al borde de emprender su viaje del cual desconozco sus colores. De los blancos nieve al abanico del arcoíris esperado. Me pide algo para cubrirse. Abro la puerta de mi casa, busco alguna chaqueta. Por casualidad tenía una lista para donar en una bolsa para el refugio de mujeres en la esquina de mi calle. Se la regalo, le queda bien. El sol se mueve, la mujer se pone su nueva chaqueta. Cambia de posición, luego de escalera. Con su equipo picante, su cuerpo listo. Persiste el humo blanco de su presencia en el umbral de mi puerta.

Cuerpo espinas escudo

Espinas que se vuelven suave con el amor, el apapacho, el abrazo cariñoso. Pero siempre listas a autodefenderse. Espinas alfileres que se interponen. Si de mi piel pudieran levantarse pelos espinosos para repeler lo que se anunciaba. Y si de nuestros cuerpos, ¿nuestra piel podría convertirse en un escudo al sentir el peligro, algún ataque? Oler fuerte, ácido, espinas crecientes. Listas para introducirse dentro la epidermis opuesta, meterse como cebo, sin salida posible.

Con el otoño norteño, se quitan las espinas

Cuerpespín se enferma a la llegada del frío. Los árboles se desnudan. Entran en estado de descanso. Cuerpespín, baja defensa. Sin defensa. Una bacteria feroz le quitó sus espinas, tal las hojas de los árboles. Fiebre, duerme. Sube la fiebre. Duerme. Ha recorrido mucha distancia sin descansar. El caminar le entró en la piel,

pie izquierdo, herida abierta, sin sentirlo. La bacteria aprovechó para introducirse en su piel, como fuego. Luego en su sangre. *Repose-toi*, la vida te l'importe. Ten paciencia, tus defensas se reconstruirán. Tus espinas volverán a crecer, nuevas, renovadas. Desplazarse implica cuidado, hacer pausas, el cuerpo no lo sabe, lo pide. Escúchalo. *Souviens-toi*. Han crecido espinas por dentro, con paciencia salieron por fuera.

Zonas por cuidar

Recojo mis agujas mezquitales. Las inserto a lo largo de mis fronteras tatuadas. Se acuerdan del perfume amarillo de sus flores. La línea mexicana del aire, del mar, la arena gris, su humedad. Desde la base del cuello a la garganta adornando mis hombros, la parte superior de mi pecho. *Pique et plante*. *Pique et plante*. Aguda sensación que recorre la parte izquierda de mi cuerpo. Hasta sentir latir el corazón. Sigo, una espina a la vez. *Pique et plante*. A cada espina se le dedica una palabra. A cada palabra dicha, su espina. Palabras más o de ellas. El dolor se

convierte en placer, recuerda la ruta. Mujeres del desierto, mujeres vivas. Picar y picar de A a Z. Me ayudan a recordar que también estoy-viva. Me gritan las palabras, siento la complicidad, planto las espinas. Hasta “Zonas por cuidar”, zonas para cuidarnos, sostenernos, aquí, allí.

Por todas partes. Del norte al sur, del sur al norte. Soy guerrera con una sonrisa. Quién soy es donde camino. Y nunca camino sola. Camino con mis ancestres. Ancestres desconocidos. Llegan a mi lado, adentro y afuera. Camino con las voces y los abrazos de los seres que me acompañan desde allá como acá. Quédate aquí, no te vayas... no te vayas, quédate, ya encontraste tu casa. Cuerpespín. Cuerpo casa. Voces imprentadas en mi mente, apapachos que dejan huellas de cariño en mi piel, hasta el corazón. Con ellas, las espinas se retiran hasta desaparecer por dentro. Sopla un viento suave polvoriento. Fuuuuuuuuu.

El canto, voces. El tren. El silencio...

El silencio de las espinas que penetran la piel del corazón. Corazonespín. Pu-pum, pu-pum, pu-pum... shhhhhhhh.

El mezquite. La rosa. Cuerpespín. Sus espinas, cuando crecen en sus ramas, en su cuerpo, a través de su piel, ¿emiten algún grito, algún canto? Lo imagino como un respiro, un aliento por fuera, que se repite y repite, en un sinfín. Cuerpespín.

3

Avocado Génova

Andrea Itzel Padilla Mireles

Una llamada

UN RELOJ CIRCULAR MARCA las 4:10 pm. Se encuentra suspendido desde una pared que se levanta firmemente en un alto edificio de Reforma. Con esa pared, a treinta y dos pisos de la tierra, sus análogos, amplios muros blancos, que se extienden al lado de enormes ventanales, sirven como límite entre esa estancia de oficinas y la vista panorámica de la ciudad. Un aura asceta, inodora y sobria, se

esparce al interior de esos cubos iluminados por el sol, cuyos rayos atraviesan ese pseudo almacén con techo de reminiscencia industrial.

Pasando las cristalinas puertas que sirven de entrada a ese cuasi laboratorio, cuasi hospital, se extienden tres hileras, tres barras de madera que sostienen varias pantallas, acompañadas por sus respectivas sillas que, discretas y parsimoniosas, soportan aquellos cuerpos empleados para su uso.

Los botes de basura asoman las envolturas de golosinas que han proporcionado el contenido calórico que permite durar a aquellos organismos cuya alarma sonó a las 4:30 de la mañana, indicando la hora de arrancar el día. En la enorme plancha de concreto gris que sostiene todo aquello se encuentran firmes y medidos algunos pies que, con cuidado, comienzan a levantarse hacia el lugar donde cuelgan los bolsos y mochilas. Objetos quietos que guardan los teléfonos celulares de la población trabajadora, que tienen prohibido ir más allá de la frontera que les separa de ese rincón y los grandes monitores.

De esas máquinas, en perfecta armonía con los entes que las operan, se desprende el sonido de apurados dedos tecleando al unísono de múltiples voces que, a un bajo volumen, atienden llamadas a través de sus headsets. Una métrica sonora que poco a poco comienza a bajar el ritmo. Las figuras que se encuentran entre esas paredes y ventanales comienzan a desplazarse en sus sillas móviles bajo el augurio de que la jornada laboral está por concluir.

Entre los asientos de en medio se mantiene un semblante tranquilo, atendiendo varias tareas, al tiempo que trata de cobijarse del aire acondicionado. Su rebozo resalta frente al resto de las ropas más juveniles que le rodean.

En la pantalla que observa aquella criatura friolenta resaltan un sinfín de recuadros que cumplen distintas funciones. Uno mantiene una conversación entre la CDMX y Cancún, otro entre CDMX, Miami y Guatemala, otro más lleva la conversación entre quienes están en la misma oficina. El resto de las ventanas, muestran la información de diferentes correos, todos almacenando documentación diferente

según el proceso legal en el que vaya el caso de la persona con quien se habla. Un poderoso internet que a momentos traiciona la interconexión de esa red internacional se mantiene cooperante.

En uno de esos pequeños marcos del diálogo, entre alguno de esos lugares con esa oficina, posibilitado por las máquinas, las plataformas digitales y el internet, comienzan a brotar algunas palabras:

“Andy, could you take this call, please?”.

“I’m AVA (available), ¿Ya está verificada?”.

“Yes.”

“Please transfer.”

Desde la línea telefónica habilitada por una plataforma digital abierta en otra ventana comienza un intercambio verbal viajando a través de miles de kilómetros:

—Hola, ¿qué tal?, buenas tardes, gracias por comunicarse con la Abogada Génova, le recuerdo que por cuestiones de seguridad y entrenamiento esta llamada está siendo grabada, dígame en qué puedo ayudarle Sra. Abigail.

—Buenas tardes. ¡¡Vaya hasta que por fin

puedo hablar con alguien!! Quiero saber si ya llegaron los documentos que me pidieron y si están bien.

—Claro que sí Señora Abigail. Sería tan amable de indicarme el correo desde el que me lo mandó, por favor.

—abigail123@xxxx.com

—Perfecto Señora Abigail. En este momento estoy revisando. Perdona, pero me temo que con la dirección que me indica no tengo ningún correo suyo. Sería tan amable de reenviarlos por favor.

—No, justo acabo de enviarlos y es muy difícil poder comunicarme con ustedes, ¡ahí deben de estar! ¡Busca bien!

—Entiendo Señora Abigail, pero he revisado en los distintos correos a los que tenemos acceso y ninguno con esa dirección ha llegado. Señora Abigail, sería tan amable de reenviarlos y esta misma tarde le confirmo si los he recibido por favor.

—¡No! Yo ya envié los documentos y no voy a colgar hasta que revisemos que estén bien, porque ustedes cobran muy caro y lo mínimo

que pueden hacer es resolverlo. A ver, pásame de nuevo a Marta.

—Señora Abigail, lo que quiero es ayudarla, pero no encuentro los archivos que dice que nos envió, ¿Podría decirme con precisión a qué correo los envió? ¿Los envió desde un Staples o un Office Depot? O ¿recuerda a exactamente a qué hora los envió?

—¡Pero si te los acabo de mandar! Es al mismo correo al que siempre se los he enviado. ¡¡Es más te los mandé al chat, ahí los debes de tener!!

—Lo siento Señora Abigail, pero no entiendo a qué chat se refiere.

—Oye, como que tú no puedes hacer nada ¿no? A todo lo que te pido me dices que no puedes. ¿Qué haces ahí entonces si no resuelves nada? Pásame a tu supervisora, pásame a Marta ¿Cuánto tiempo tienes trabajando ahí? Porque no sabes hacer nada ¡eh!

—¡Pásala! Irrumpe una voz que apurada se acerca a través de las hileras de máquinas.

—Deme un segundo Señora Abigail...

Algunos de los rostros alrededor de

aquel rebozo que hasta ese momento habían mantenido su mirada al frente de sus monitores, voltean consternados al escuchar el tono intranquilo que sale de esas coordenadas, notando que las otras extremidades de aquel cuerpo friolento van acelerándose in crescendo en una especie de melodía desbocada.

Esos rostros saben que algo no anda bien.

Una voz

Great Customer Service. Reproducía en mi cabeza la frase del feedback que me había dado mi supervisor la última vez que tuve un shadowing. Una milésima de segundo más y, en un abrir y cerrar de ojos el mismo supervisor, la HR y la Avocado estaban abordándome discreta y estratégicamente de entre los monitores y quienes, a las 4:45 pm, pasando la hora de salida, seguían trabajando para decirme que soltara llamada.

Me había quedado entumecida, paralizada, con la mirada congelada en una espesa y anquilosante incredulidad. Luchaba para que

aquellas palabras no lograran traslucirse a través de mi gradualmente purpúrea y nerviosa cara. Contenía mi impotencia obligando a que mi recién entrenado semblante neutral e impersonal manifestara el adecuado aspecto de profesional del servicio al cliente que tanto me repetían en los trainnings... era imposible. Las miradas comenzaron a aglutinarse en las inmediaciones de mis amplias pantallas, como inquietas moscas esperando un festín, el festín de ver caer a quien no prevalece a la presión de su nuevo trabajo.

Volteé a ver a Merlinita, quien con sus grandes ojos marrones me veía consternada por mis gestos contradictorios, una risa intranquila y unos ojos cristalinos. Ella era en gran medida la heroína que más me auxiliaba en ese trabajo. Paradójicamente ella había sido contratada después de mí y realizábamos exactamente las mismas tareas. Catorce años más joven, con mucha más experiencia en call centers y mucho mejor que yo siendo una evidence collector, de eso no había duda... Al verla me fue imposible evadir la sensación de humedad recorriendo mi

boca y mis ojos, percatándose de mis labios temblorosos, al igual que mis pies y piernas que, descontrolados, se agitaban por debajo del escritorio. Merlinita sabía que algo no estaba bien.

El presentimiento del fracaso inminente me atravesaba y la ansiedad de verme completamente desprovista de estrategias para enfrentar aquella situación se agudizaba en la debilidad de mis rodillas y brazos, en mis manos sudorosas y en ese horrible estrujamiento que sentía en el pecho. Regresé la mirada al frente, encontrándome directamente con la mirada de aquella mítica mujer de larga y rubia cabellera que había aparecido en todas las cápsulas del training.

“Hola, soy la Avocado Génova”. No, no era un aguacate, pero con ese marcado e ilegible acento italo-pocho-americano, entrenado para ser tan persuasivo con la población latina, como ese rostro de mujer combativa y compasiva con la situación que pasaban miles de migrantes en el otro lado, no podía pasar desapercibido como cómico homófono de aquel vegetal nativo de

mis lares. Al igual que el aguacate, ella era una migrante exitosa, sostenida por el arduo trabajo de las manos del sur global para alimentar la demanda en suelo americano. Pero, a diferencia del humilde aguacate, sus principales clientes estaban al filo de ser deportados.

Avocado Génova resaltaba en todo su material de enseñanza a sus reclutas, primerizos de su empresa, su defensa por los más altos estándares éticos en el mercado de la consejería legal para conseguir visas a migrantes latinos. Pero a veces costaba trabajar concentrado en eso observando su bronceado a la Miami Vice, sus costosas alhajas y la imposibilidad de calcular su edad —el botox debía ser de la mejor calidad.

Aquel día ese personaje estaba en la oficina, ahí justo enfrente de mí, en el punto más álgido de la peor experiencia laboral que he tenido y con la voz de la señora Abigail dispuesta a romper mi headset para lograr salir de la línea y decirle a todo mundo lo enojada que estaba con mi fallida atención telefónica. Ella me devolvía una mirada fija e intranquila, como si de alguna manera imposible de explicar estuviera

escuchando como me destrozaba una de sus clientes. Avocado Génova también sabía que algo no estaba bien.

Recordaba las palabras de Johnny cuando me contó que una clienta desesperada le había confrontado en la línea un día. Johnny me había dicho que una llamada que tarda más de diez minutos es una llamada que se ha salido de control. Me estaba pasando, mi llamada se había salido de control y todas las personas que a esa hora quedaban de la oficina del departamento legal me estaban observando como venado lampareado a punto de ser arrollado.

Yo había aguantado la respiración en el último intento que me quedaba para no soltar las ganas de llorar gritando que parara, que no era necesario que me dijera que era una inútil. Ya lo sabía, me lo han dicho en múltiples ocasiones. Otra voz similar me había dicho apenas unos años antes que “no se entendía lo que estaba tratando explicar”, que “escribía mal”, “que no iba a terminar a tiempo”, que era una irresponsable porque no había entregado los capítulos de mi tesis que me exigía el programa

doctoral y mi beca “en el plazo que tenía que acabar”. Sin importar las cirugías a las que se enfrentaba mi mamá, la muerte de mi hermano, la colitis nerviosa, la pandemia y el cuadro de depresión por el que estaba atravesando.

Nada de eso importaba, solo terminar a tiempo. De otra forma no obtendría las cartas de recomendación necesarias para conseguir un trabajo en la voraz e indolente academia. En la que estaba anulando un posible futuro. Un futuro que esa voz ponía en duda constantemente. Una voz que se empalmaba con la de Abigail. Una voz que parecía estar diciendo “cuánto tiempo llevas con esa tesis”, “cuánto tiempo llevas en la academia, si tampoco sabes hacerlo bien”.

Al pausar la llamada me quité mi headset y me levanté. Las lágrimas salieron como chorros de fuentes, a borbotones. Nunca he sabido llorar discretamente y soy una gran ugly cryer. “No pude ayudarla”, solté con un tono de decepción que no creo haber expresado antes entre suspiros y sollozos. Ni siquiera recuerdo haber procesado la frase, debió salir de mi inconsciente. No pude

ayudarla, como tampoco me pude defender de aquella otra voz que me había hecho sentir exactamente igual. Esa voz inquietante que retumbaba en todo mi cuerpo.

Abogado Génova tomó la llamada y la HR me llevó a la sala de juntas, entretanto mi supervisor se desplazaba entre una y otra sin saber cómo hacer damage control. En una infinidad de llamadas de clientes que tenían el enojo al rojo vivo, estos nos exigían: “¡Pásame a la abogada!”. “¡Quiero hablar con la abogada!”. La (des)afortunada Señora Abigail, sin ningún previo aviso, acabó hablando con la celebridad.

Mientras la HR trataba de tranquilizarme de mis lloriqueos, me preguntaba qué había pasado. No sabía cómo expresarlo. Simplemente la situación había escalado y sin poder ayudarla sucumbí ante la realidad. “La realidad” de tener menos de tres meses trabajando ahí, de “no saber qué es lo que hacía”, de carecer de las herramientas para poder continuar esa llamada. De carecer de las herramientas para soportar “aquella voz”.

Una empresa

Una abogada con la que era casi imposible comunicarse había comenzado a ser su representación legal desde hacía ya dos inviernos. Una firma que llevaba por nombre lo que parecía una telenovela de Telemundo. Eran el sonido, las palabras, el rostro, la imagen de quien resuelve con determinación el estatus migratorio de miles de personas desde Miami.

A ella le parecía que estaba buscando “el bien”, que estaba “defendiendo los derechos de las personas migrantes”, que podía confiar en ella. Pero ¿por qué era cada vez más difícil el proceso? Cada vez era más difícil comunicarse con la abogada, conseguir la documentación, pensar en el futuro familiar en aquel país. Cada vez era más difícil seguir adelante. Aquello no podía estar bien.

Lo que Abigail desconocía era que, al tiempo que se multiplicaban los enormes advertisings en las carreteras, los numerosos lives en las redes sociales y los anuncios en la radio, del otro lado del muro un montón de manos latinas hacían

crecer el negocio de la Avocado Génova, al ser mucho más barata la contratación en los países que se extienden abajo del Río Bravo. En el lado del gabacho el buffete, con el atractivo y amable rostro de aquella mujer que decía pelear por “hacer los sueños de las personas migrantes realidad”, contrataba un montón de manos en la precariedad laboral. Esas personas tampoco podían darse el lujo de pensar en el futuro, a esas personas también las atacaban las deudas que pesaban sobre sus endebles contratos provisionales.

Abigail desconocía que los agentes de investigación de la Avocado, minions del trabajo legal, cuerpos contratados por outsourcing en México, Guatemala e incluso Filipinas, representaban el exitoso crecimiento de una empresa que, en muy poco tiempo, había logrado posicionarse como una de las mejores en su área. Otro organismo más haciendo una fortuna con las personas migrantes, cuyas oficinas en el chilango se ubicaban en un lujoso edificio con enormes ventanales. Una vista que, después de seis horas seguidas de hablar por

teléfono, no es sino un muro más.

Esa figura que encarnaba aquella empoderada mujer, ataviada en ropa y accesorios lujosos, hablaba en sus lives de Instagram y en sus videos motivacionales, lo mismo para sus clientes que para sus dependientes laborales, sobre el valioso y humanitario trabajo de aquella empresa que hacía cumplir los sueños de las personas migrantes que buscan una mejor vida, la del “American dream”, en las tierras del Tío Sam. Una misteriosa, pero a la vez conocida cara. La cara que te indica la exitosa continuación de un mercado neoliberal que permite la ganancia con los sueños y deudas de las personas. La cara de la esperanza de quiénes se imaginan un futuro distinto. De quiénes se atreven a soñar con estar libres de deudas, de obtener la ciudadanía de cualquier forma y de quién sí la obtuvo. Un espejismo que al final del día parece susurrarte, eso no puede estar bien.

4

La barda

Liliana Martínez

No siento, y no sé cómo ser libre.

LA BARDA SIEMPRE HA estado ahí. Alta, gris, resquebrajada en las orillas. No sé cuándo la levantaron ni quién decidió que debía dividir. La veo cada día, al abrir la ventana, como si fuera otra pared de mi casa. A veces pienso que la barda también me guarda, no solo a ellas. Que me tiene de este lado, quieta, esperando que algo cambie, aunque nunca pasa nada.

El sol pega sobre la barda al mediodía, la pintura se levanta, la humedad deja manchas

oscuras. Por las tardes, el muro guarda el calor y lo suelta lento, como si respirara. Paso la mano sobre él y la piedra me devuelve la sensación de un cuerpo cansado. A veces imagino que late. Que debajo de ese concreto hay algo vivo que no puede moverse. Tal vez soy yo.

De este lado hay calles derechas, postes, banquetas. Las casas se parecen. Tienen puertas firmes, ventanas cerradas. Pero el silencio las cubre como una masa pesada. El agua llega a medias, la luz se corta cuando sopla el viento fuerte. Todos caminan de prisa. Nadie habla. Parece que todas aprendimos a vivir mirando hacia adentro.

No recuerdo cuándo dejé de cruzar la calle sin conciencia de que lo hacía. Ahora no. No porque me dé miedo, sino porque un día, al llegar a la esquina, me detuve frente a la barda y sentí que no tenía adónde ir. Del otro lado todo se veía igual; la tierra seca, las casas solas, los perros dormidos. Regresé. Y ya no volví a intentarlo.

A veces me asomo por la rendija del muro. No se ve mucho, solo un pedazo de lámina y un

par de tenis viejos colgados del cable de la luz que tiene un mensaje que no logro descifrar, pero intuyo que también se han rendido. Una vez vi una mano, pequeña, que lanzaba una pelota. Cayó de este lado y nadie vino a buscarla. La dejé ahí, junto a las hierbas. Ahora está desinflada, llena de polvo. El viento la mueve a veces, como si todavía tuviera juego.

Por las noches, las luces de allá parpadean. Se encienden y se apagan, como si tomaran aire. Me quedo mirándolas largo rato. No pienso en nada. Solo las miro hasta que los ojos me arden. Es lo más cercano que tengo a mirar el mundo.

A veces sueño con la barda. En el sueño se hace más alta, tan alta que tapa el cielo. No puedo ver el sol ni las nubes. Solo una sombra inmensa que me cubre. Me despierto con la sensación de estar enterrada. Pero no me muevo. No hay a dónde ir.

El mural que pintaron hace años sigue en pie. Una mujer indígena, con los ojos cerrados. Su rostro se va borrando con la lluvia, pero aún sostiene el gesto de quien soporta. Creo que se parece a mí. Ella del otro lado del muro pintado,

yo de este lado del muro real. Las dos atrapadas. Las dos esperando algo que no llega.

He pensado en salir, en cruzar, en ver qué hay más allá, pero mis piernas no responden. El cuerpo se acostumbra al encierro, como las plantas que crecen en macetas pequeñas y no conocen otro suelo. Y en este momento yo ya no quiero conocer nada. No hay afuera cuando uno deja de mirar.

La gente de la colonia dice que los de allá se multiplican. Que cada semana levantan una casa nueva. A mí no me importa. El muro sigue igual. Y mientras esté ahí, todo lo demás parece lejos, como si no perteneciera al mismo mundo.

Cuando llueve, el agua se acumula junto a la base de la barda. Se forman charcos espesos, donde se refleja el gris del cielo. A veces creo ver mi rostro en ese reflejo. No me reconozco. Parezco una sombra dentro del agua.

De este lado también se caen las cosas. Las paredes se agrietan, los techos gotean. Pero lo que duele no es eso, sino saber que el tiempo y todo sigue igual, que la barda sigue ahí, que ni siquiera un temblor puede derrumbarla.

En la madrugada, cuando el silencio pesa más que el sueño, escucho un ruido sordo. No sé si son pasos, si es el viento o el mismo muro que se acomoda. A veces pienso que el muro habla. No con palabras, sino con ese crujido que hace la piedra cuando envejece. Le contesto en silencio. No tengo a quién más hablarle. La barda no me separa del mundo. El mundo es la barda. Todo lo demás quedó lejos, detrás del muro o dentro de mí, que es lo mismo. Sigo en la ventana, viendo la misma pared, escuchando el mismo viento.

Dicen que la ciudad crece, que cada día se extiende más. Yo no lo creo. Aquí todo es igual. Las bardas, las sombras, los techos, el aire seco. Nada crece. Nada cambia. He llegado a pensar que, si un día la barda se cae, me caigo con ella. Porque no sabría vivir sin esa frontera que me asfixia. Sin ese borde que me dice que existo porque estoy del lado de adentro.

El muro me ha hecho suya. Soy parte del cemento, del moho, del polvo que se pega entre los huecos. Tal vez ya no haya nadie del otro lado. Solo el muro. Solo yo. Y este cansancio físico y mental que no termina.

5

Crisálida Meximalista

Laura Viridiana Orosco Martínez

El barrio, entonces, se encuentra atravesado
por un sinnúmero de recorridos que
realmente amarran los diversos puntos que lo
constituyen
y limitan y que al mismo tiempo lo cohesionan
y le dan consistencia.

Fernando Viviecas Monsalve

SE OYE EL SONIDO del encendedor en
el escandaloso silencio que me tiene
escribiendo. En el cuarto, en la madrugada, entre
un capuchino, la añoranza de un mal amor y

ciudades desiertas.

Mientras escribo, volteo. Acaricio con la mirada el vestido verde de la graduación en puerta. Verde, como el verde de las nopaleras y las plantas que siempre han cubierto el paisaje. El mismo verde que recibí en la cara cuando mi madre me parió.

Vivimos acá, en lo que unos nombran periferia, lugar donde el largo gusano naranja un día cualquiera se puede desplomar y dejarnos entre miedo y olor a duelo. A quienes como de acá, de este lado del charco, nos gusta llamarle por sus nombres propios: Tláhuac, Iztapalapa, Xochimilco, Milpa Alta, Chalco o para los homies, el Barrio.

Enormes nopaleras verdes, la milpa, canales llenos de trajineras, olor a tlacoyos recién hechos, casas incompletas con sus construcciones eclécticas. Caminar por el Tehutli con una botella de plástico reciclada llena de pulque de pitaya en la mochila. El reggaetón, la banda, el sonidero. La música que muchos prefieren negar en el ámbito intelectual.

Me gusta el barrio, me cagan las realidades que se viven en él. Lugar donde anida la posibilidad y la imposibilidad de las desgracias, del machismo arraigado, de la mala planificación de movilidad. Lugar donde una realidad materialista se desvanece al compás de cualquier modelo político. ¡El barrio, la sombra, el mundo imperfecto de las ideas perfectas!

¡Qué hospitalidad y qué resiliencia la del barrio, la de los quemados, lacras y marginados! Acá la esperanza es material, no se queda en una idea abstracta, se trabajan los 365 días a veces desde las tres de la madrugada. Imagino que como las mariposas que se guardan en su crisálida y después metamorfosean.

Mientras escribo este último párrafo pienso en el color verde y las cosas que relaciono con él: color favorito, penca, maizal, pulque de apio, marihuana, Tijuana, naturaleza y jade. Ver-de, en el verde como en el barrio, hay una resistencia. Tierra de resistencia heredada, el barrio es un ser habitado por un flujo de postales, que transmuta con nosotras y nosotros.

Un día nació, nací, nacimos y yacíamos

aquí. Cielos altos y nubes blancas, maíz, zonas lacustres, nopaleras, escarabajos, conos volcánicos, chinampas, tuzas, magueyes; borde de gran esplendor en la época mesoamericana. Entre ofrendas de pulque, fuego, y frutas, los caracoles y tambores retumbaban en las amplias paredes de nuestra inmensidad. Nos mecemos entre el pasado y el presente. Los rituales nos encuentran. La historia, el pasado, el presente y el futuro es de todos y todas las que han cultivado y construido en él. Quienes resguardan el legado de la palabra, la lengua y el significado.

El barrio es la haitiana que jala en los mototaxis con su raro nuevo español, Balam, el bato del punto que estudia ingeniería en la UACM, la señora Mari que sale todas las mañanas a tomar el sol para darnos los buenos días, el señor de la cuadra contigua que en los días de tianguis te da el pilón, la morra que estudió ciencias sociales y su pasión es aplicar uñas mientras tiene una amena conversación sobre la acción y el espacio público según Arendt, la güera que, a pesar de no tener casa

tiene una familia, agradece acercándose a saludar moviendo la cola.

El barrio se resignifica, el barrio es la resignificación del territorio, pues en cada posibilidad de lo imposible hay *un verano invencible*. El barrio hace poesía, la razón poética habita en la naturaleza. En sus calles donde se trafica droga, también se trafica la palabra, la voz, las letras y el arte.

Tomo una pausa, dejo de escribir, escucho claramente los ronquidos de Balú y de nuevo el encendedor. Mis ojos acarician por otra ocasión el vestido. Acá en las calles de nacolandia, se vive entre colores brillantes, poesía, meximalismo, bailes y maizales que se pintan entre verde y mostaza, signo de vida y próxima muerte. Se dice que somos hijas e hijos del maíz; según este mito fuimos creados a partir de la mezcla de maíz blanco y amarillo, molido, formándose así cuerpo y huesos. El maíz es multifacético, al igual que nosotras y nosotros, la frontera y el barrio, el maíz, es tortilla, grano, masa, tamal, etc.

Acá se crece con un taco de sal en la mano,

con las leyendas de apariciones de brujas y nahuales, con la normalización de la violencia que se vive en la calle y en las casas. Con los tatuajes de vírgenes y santos que cubren los cuerpos de mis vecinos jóvenes asesinados o encarcelados, con la morra que compartí salón de clase, ropa, amistad y quien aún recuerdo tenía cara de ángel, morena, ojos grandes y brillantes, hoy ex lideresa del último cartel conocido acá.

Se dice dentro y fuera del barrio que se necesita salir de ahí para creer, ¿salir? Si la banda casi nunca está. En promedio diariamente viajan 60,604 personas en el gusano naranja, una gran cantidad de ellas se dirigen a un trabajo que está en el centro de la ciudad, dos horas de recorrido aproximadamente. Las vísceras de este gusano huelen a mano de obra barata, cuerpos explotados, fatigados y explotación, ¿qué historias y sueños se entretajan en las vísceras de este animal? Quizá la idea de una vida mejor, la compra de una casa, lograr ese grado académico, hacer un viaje.

Adhara Pérez fue una habitante que el paisaje

dio a luz, quien recorrió las calles del barrio y quien seguramente soñó en el gusano con ser astronauta. Hace cuatro años se dio a conocer por las noticias que esta dulce niña, morena y de ojos pequeños, era superdotada con un IQ de 162, comparándola con Einstein. Como era de esperarse Adhara salió de la periferia, al igual que del país, porque este también es una.

Adhara salió del barrio con el verde en la cara que compartimos la mayoría de los que somos de acá. Hoy sale en revistas y trabaja para llegar a la NASA. Ella es un caso especial en el mundo, pero es una de todas esas realidades que convergen en esta frontera, a veces como un mar en calma y otras en ciclón.

Tomo un respiro, salgo al patio, hace frío y los grillos me consienten con serenata, regreso rápido a la cama y tomo la cobija. De nuevo mis ojos rápida y sutilmente acarician el vestido verde y esta vez me tomo la libertad de tomarlo entre mis dedos, es un verde satinado, verde como el de la clorofila que nos regala la fotosíntesis, proceso de transformación vital para la tierra y tal vez para mí.

Entre la serenata de los grillos, los ronquidos de Balú y el capuchino ya frío, me pregunto ¿irnos es blanquearnos el verde que nos sostuvo o es que el verde de forma invisible persiste? A veces nos blanqueamos sin salir de él, los proyectos inmobiliarios han llegado y antes que ellos años atrás fueron las mineras, el verde en los volcanes ha ido cambiando y disminuyendo.

La Sierra de Santa Catarina es semiverde, roja, árida y concurrida por la mano humana, es una barrera natural contra los vientos, la contaminación y una zona de recarga de agua. La mano humana convierte a la sierra en canteras abiertas; el cuerpo mismo del barrio, a pesar de todas las potencialidades, siempre habrá cuerpos que el capitalismo explote hasta exterminarlos. Las universidades, museos, proyectos ecológicos y de cultura no han servido para lograr un planteamiento ético sobre la vida de la Sierra.

El encendedor se escucha de nuevo, pero ahora el sonido es una pausa, son mis últimas letras y caricias al vestido colgado en la puerta. Fue el verde lo que me gustó y el detalle de la flor rosa en el pecho. El barrio es en sí mismo y si

tuviera un color no dudo que sería el verde. Pues ahí llevaría el verde de la penca, el sabor a pulque, el olor de calles con basura y entre muchas otras cosas la resiliencia de una cantera abierta.

El barrio, trafica la palabra, el arte, la filosofía, se mueven como muchas otras sustancias en lo privado más que en lo público, el barrio es una crisálida imperfecta, bella, grotesca, y meximalista. El barrio es la resistencia heredada de la dignidad que no se desvanece, de los que nos habitamos, somos la sombra que se expande con la escritura, la palabra, la voz y la razón poética que las habita en ellas, en la mirada de las hijas e hijos del maíz. Donde el mayor acto de resistencia es llevar el origen traficándolo con los conocimientos y la palabra en el gusano naranja, la arteria de la ciudad.

6

Los que medio regresan

Noemi Ocadiz de la Cruz

MI MAMÁ NO DIJO nada cuando lo vio. Solo abrió la puerta y se quedó quieta. Yo estaba detrás, mirando los zapatos del hombre: viejos, polvosos. Tenía la voz quebrada y el acento de quien ha pasado demasiado tiempo lejos.

—¿Lupe? —dijo.

Y mi mamá bajó la mirada, como si conociera algo que no quería reconocer. Era él, pero no lo era: encorvado, con los ojos perdidos entre nubes grises, la piel reseca. Traía una maleta

medio desvalijada y un sombrero de paja. Nada más. Lo miré y sentí miedo y curiosidad al mismo tiempo.

Observé mientras ella lo abrazaba. El aire se sentía como ternura y reproche mezclados. Durmió en el sofá. La casa se volvió más pequeña desde que llegó. Ahora está también llena de recuerdos que pesan más que el espacio. Mi mamá siguió trabajando, cocinando, lavando, como si nada hubiera cambiado. Pero todo cambió.

A veces lo veía sentarse frente a la ventana. Miraba las luces del edificio de enfrente, el burro que jalaba la basura y a la gente que pasaba. Decía poco y, cuando hablaba, lo hacía despacio, como si las palabras le dolieran. Tenía las manos temblorosas, las uñas negras de tierra vieja. Por las noches lo oía toser. Yo fingía dormir, pero escuchaba. Ella no se quejaba, decía que no valía la pena. Pero cuando lavaba los trastes y el chorrito del agua fría le entumecía las manos, se quedaba mucho rato mirando el fregadero, como si el agua se llevara algo que no podía decir.

No entendía por qué lo había dejado entrar

ni por qué lo cuidaba ni por qué el silencio de la casa dolía más desde que él estaba ahí. Una tarde lo escuché hablar conmigo. Olía a ropa guardada por mucho tiempo y a cansancio.

—No supe volver —me dijo.

Tenía los ojos húmedos, como si no estuviera del todo aquí. No supe qué contestar.

Al paso de los días, se fue apagando. Dormía mucho. Apenas comía. Mi mamá decía que era el cuerpo acostumbrándose a rendirse. Una mañana no despertó. El médico escribió “paro respiratorio”. Mi mamá no discutió. Sabía la verdad: años de descuido, viaje imposible, regreso vacío y sin nada. Solo respiró hondo, como si por fin entendiera algo que llevaba tiempo esperando.

Lo enterramos solas. El sol quemaba, pero ella no lloró. Yo estuve allí, viendo cómo cubría la tierra, cómo el viento movía las hojas secas como recuerdos desordenados y palabras ausentes. Esa noche mi mamá se sentó en la cama.

— Tu abuelo cruzó la frontera para traer algo que nunca encontró, me dijo. Y cuando regresó

ya no era el mismo. Nadie regresa igual, hija.

Y comprendí algo que quizá mi mamá siempre supo: los que cruzan fronteras y regresan sin nada no vuelven completos, y los que esperan se quedan también a medias.

7

**El sentir de la
antropóloga: notas
desde una frontera
afectiva**

Sofia Cash

Nos curamos al escuchar(nos),
porque creemos en la capacidad chamanística
del relato para transformar a quien narra
y quien escucha.

Gloria Anzaldúa

Migrar

Estoy en la cocina del albergue. Son las 7 de la tarde, el *prime time*. En el aire flotan cuatro idiomas y los aromas dulces de diferentes especias. Miro la acción mientras estoy sentada encima de la mesada de azulejos blancos. Cada una de las mujeres está en su mundo. Parecen pensar mientras revuelven caldos y saltean verduras. Las hornillas están completas, pero ya se están quedando sin gas. Otra vez. Voy a tener que avisar al coordinador. Dos niños reclaman unos dulces que saben que están guardados en un estante que no pueden alcanzar. Su madre los distrae con un pedazo de pan y continúa mandando un audio mientras con la otra mano sostiene a la más pequeña del clan. Me gustaría sentarme a tomar un café con ella y entrevistarla porque sé que atravesó la frontera sur de Tapachula. Pero hoy me cuesta tener que preguntar y no quiero forzarla a reabrir esos recuerdos que sospecho no son felices. Además, estoy cansada y extraño la comida argentina. Voy a ayudarla con sus niños para que pueda preparar la cena y me voy a mi casa.

Llegué al albergue como voluntaria para

realizar tareas varias: desde abrir la puerta y repartir alimentos, hasta dar talleres de respiración y clases de español. Lo que sea que el momento y la urgencia pida. Este espacio de alojamiento para personas migrantes se ubica al sur de la ciudad y cuenta con una población rotativa de aproximadamente cuarenta personas provenientes de países como Haití, Venezuela, Cuba, Honduras, Guatemala, Ecuador, Irán, Afganistán y Palestina. Llegué aquí como parte de mi investigación para la maestría en antropología social que busca comprender las trayectorias de mujeres migrantes en tránsito por México. Identificar, particularmente, cuáles son los impactos del camino en sus cuerpos físicos y emocionales y cómo estos se conectan con las tramas más amplias de la violencia estructural en la movilidad forzada. Se trata de mi primer trabajo de campo formal de larga estancia. Una beca en una universidad privada de Ciudad de México me lo permite. Llevo nueve meses asistiendo semanalmente y he entablado relaciones de amistad con varias de las familias que tienen largas temporadas viviendo

aquí.

Casi todos ellos llegaron a México por la frontera sur de Chiapas. Atravesaron el río Suchiate desde Tecún Umán en Guatemala hacia Ciudad Hidalgo, México. Una de las puertas de entrada más elegidas por las personas migrantes provenientes de Centroamérica, ahora también de países de África y Medio Oriente. Chiapas representa la anteúltima frontera que desean cruzar y es también un territorio de muerte donde la economía de la migración busca extraer el mayor valor disponible a los cuerpos migrantes a través de las diversas formas de extracción corporal, afectivo y reproductivo.

El cuerpo habla

Con el correr de los días empiezo a darme cuenta de cómo el espacio funcionaba como un remanso y lugar de reposo para los recién llegados. Los efectos del viaje se decantan. Observo a mujeres sufrir de ansiedad e insomnio. A la gran mayoría, en algún momento

de su estancia, la piel les grita. Mientras que quienes tuvieron a sus bebés en México o llegaron con ellos de pocos meses de edad, la leche se les cortó. Tal es el caso de María, de Honduras. “Yo de tantas cosas que pasé no me sale leche. No es que yo no quiera. Yo tomo leche, tomo agua, tomo esto, tomo lo otro. Como que se me secó”.

Durante los tránsitos, muchas veces la leche materna representa el único alimento que las mujeres pueden garantizar a sus hijos, un recurso de autonomía en la incertidumbre. El estrés, la ansiedad, la tensión muscular, el insomnio, la falta de alimento, la imposibilidad de descansar de forma segura y los sustos fuertes provocan la liberación de adrenalina, una hormona que interfiere directamente con la oxitocina, responsable del reflejo de eyección de la leche.

Todo va a valer la pena

“Esa es la fuerza de toda madre, soportar todo porque en algún momento va a valer la pena.

Voy a decir todo valió la pena”, dice Rosario una noche durante la cena. Me pregunto cuál es el límite de pena que están dispuestas a tolerar y cuándo llegará ese día en que finalmente la valga. Si acaso la promesa del futuro puede compensar el desgaste del presente.

No puedo evitar compararme. Mi experiencia de migración nada tiene que ver con las historias que busco. Llegué en avión con mi esposo y nos tomamos una cerveza en el aeropuerto de Buenos Aires antes de despegar. Al poco tiempo ya teníamos nuestras tarjetas de residencia y un apartamento. No quiero decir que fue fácil, pero no soy migrante forzada ni sufrí las violencias de cruzar las otras fronteras, las del crimen organizado. Seguramente abandonaría la travesía ante la primera lastimadura, pero ellas parecen regenerarse, reexistir. Ponen parches en sus cuerpos rasgados y siguen, como si para llegar a la paz primero hubiera que pasar por la guerra.

Trabajo de campo

Vivir en México significó revisitar mi propia cotidianeidad, pensarme dentro de esta performatividad y posicionarme con las violencias con otra sombra de conocimiento. El hecho de ser mujer nos une en la complicidad diaria, pero también en el miedo, en la vulnerabilidad o en la posibilidad constante de que nos pase algo. Todas somos extranjeras en una ciudad donde es peligroso ser mujer.

Una tarde, Josefina, una mujer de Honduras me dice: “cómo va a andar sola de noche, que te pueden secuestrar. Se dan cuenta de que una es extranjera y te levantan y chau”. Aunque el escenario en mi mente no era tan dramático, me pareció oportuno e inteligente adelantar una hora mi horario de salida y así evitar caminar por Tlalpan de noche.

Durante la hora del almuerzo daba clases a un grupo de niños palestinos que lograron huir de Gaza y estaban aprendiendo sus primeras palabras en español. Mientras que por la tarde presenciaba cómo un marido abandonaba a su esposa con una beba de tres meses.

Me resultó imposible no quedar atravesada

por sus historias. Me relacioné más allá del albergué con algunas de ellas. Compartimos otros espacios durante los campamentos en la calle, las citas médicas o emergencias en centros de salud.

La proximidad hizo que cuestionara mi rol de investigadora: ¿debía comprarle sus medicamentos y acompañarla al centro de salud? ¿Debo denunciar lo que esta mujer está atravesando o eso va a exponerla aún más? ¿Me involucro o no? ¿Qué consecuencias puede traerme si lo hago? Confirmando cómo las fronteras entre nuestra profesión y nuestra condición de humanos se cruzan en el campo.

Las fronteras se mueven y derriten dentro de mí cada vez que dudo si debo mirar o actuar. Si ser la académica que toma notas o la humana que no soporta ver pasar a la injusticia. La etnografía también se escribe desde ese temblor. Tuve que amigarme con las limitaciones y entender que mi investigación no va a salvar al mundo y tampoco a ellas. Es más, probablemente mi trabajo no tenga ni el más mínimo impacto real en sus vidas. No les

voy a poder conseguir su tarjeta de residencia, ni dinero para seguir viajando. Tampoco voy a proteger a sus familiares de las maras con mis talleres ni a sanarles sus traumas con mis clases de yoga.

Con el tiempo aprendí que mi trabajo de campo es una forma de *estar ahí*, mientras ellas intentan retejer su vida; acompañarlas mientras habitan la deriva. No pretendo darles voz porque ellas ya la tienen, sino mostrar cómo al mismo tiempo que las habitan experiencias de violencia indescriptibles, existe en ellas una potencia desplegada para contener la vida.

Autoetnografía

Convivir con relatos de violencias y despojos tan encarnados es física y emocionalmente demandante. En un sólo día podía verle la cara a la esperanza y luego a la muerte representada en las violencias más lejanas de mi realidad. La cotidianeidad en el albergue convirtió esta investigación en un ejercicio autoetnográfico. Mi condición de extranjera, a

pesar de las diferencias en nuestras modalidades de migración, y el sentimiento mutuo de estar lejos de casa resultó un territorio compartido. Una Sofía altruista murió un poco este último año en el que transité todo tipo de emociones. Muchas veces escribí mis diarios de campo con lágrimas y dolor en el estómago y otras (pocas) con satisfacción. Por momentos me sentí en las nubes, me expuse más de lo debido, me dieron ganas de ser madre, me enfermé, quise irme a trabajar a un campo de refugiados y después también pensé en volver a Argentina y alejarme de todo.

Me pregunto cómo pudo reforzarse en mí la idea de la maternidad en un escenario donde el desasosiego es la estrella principal. Quizás porque el acto de dar vida, incluso rodeada de ruinas, seguía apareciendo como un gesto de insistencia, como un pulso que se niega a extinguirse. Tal vez porque sentía que necesitaba traer al mundo niños para cuidarlos y protegerlos de todo mal. No lo sé.

Sé cómo hablar de los demás. Narro las travesías y la vida de otros, las violencias,

los miedos y los anhelos de alguien más. Lo complicado es encontrarme a mí, traducir las emociones, los cansancios, las afecciones. ¿Cómo voy a juzgar a una madre por descuidar a su hijo después de todo lo que le pasó? ¿Cómo hago para hacer brotar la paciencia cuando ya mi cuerpo no quiere estar más ahí? Nunca observamos desde un lugar intacto. Debo confesar que mi escritura jamás estuvo tan desorientada como durante estos últimos meses cuando, desde el seminario, nos invitaron a indagar en las fronteras afectivas del trabajo de investigación.

“Inshallah, Sofi, inshallah”

Alejarme del campo me está costando. Creo que de alguna manera, durante todo este tiempo, nos sostuvimos y cuidamos mutuamente. Nuestras tierras y afectos están lejos. Los pequeños gestos como alegrarse por mi llegada, regalarme una fruta, invitarme a cenar en la mesa con su familia o preguntarme si había llegado bien a mi casa me hicieron sentir abrazada. A algunas de ellas las vi

prosperar, mudarse a un apartamento, conseguir un trabajo de oficina o lograr que sus hijos vayan a la escuela. A otras muchas las despedí cuando la travesía ya las dejaba sin aliento y decidían regresar a sus países.

Quedarán para siempre en mi memoria los bailes cuando los hombres se encontraban fuera, los nacimientos, las primeras palabras en español de los niños árabes, los platos de comida y las charlas de chicas en la cocina. Fue en la cocina que Sara y Najma me contaron que estaban embarazadas, ambas de dos meses.

“¡Van a tener dos niños mexicanos!” les dije mientras las felicitaba.

“Inshallah, Sofi, inshallah (Si Dios quiere, Sofi, si Dios quiere). *Wa anta mata?* (¿Y tú cuándo?)”

8

Catástrofes

Luisa Alquisiras Terrones

A María

NO RECUERDO EXACTAMENTE CUÁNDO llegué a pensarlo. Alguna vez creí que solo un accidente, un embarazo o una enfermedad cambiarían el rumbo de mi vida. Necesitaba una sacudida que me hiciera cimbrar. Una catástrofe que me obligara a moverme, a poner en perspectiva mis sufrimientos. A despejar la bruma que empañaba mis emociones.

Tal idea sonó descabellada a las pocas

personas que la escucharon. ¿Por qué necesitaría algo así? Las preguntas iban siempre unidas a una lista de motivos para mantenerme satisfecha y un reclamo velado por mi falta de apego a la vida que, de un vistazo rápido, no parecía ir particularmente mal.

Lo que yo no sabía explicar entonces, lo entiendo solo en retrospectiva, era que mi fantasía no era un mero impulso autodestructivo. No buscaba mi propia ruina. La catástrofe tiene una eficiencia que la vida normal no conoce. Llega, rompe y te impone una pausa donde nadie espera nada de ti, salvo que sigas respirando. Yo anhelaba esa tregua. Buscaba una fuerza mayor que me arrebatara el mando para ver si, después del golpe, quedaba algo que valiera la pena. Se trataba de algo que viniera de afuera para encargarse del derrumbe que yo no me atrevía a provocar.

Con los años abandoné mis sueños radicales de metamorfosis. Aprendí a maquillar un poco el rostro frente al espejo. Colgué diplomas en las paredes, sumé unos pocos viajes, muchas horas de terapia. La idea de catástrofe volvía

cada vez menos y yo sentía haber encontrado un justo medio que habitar, sin mucho entusiasmo, debo aceptar, pero también sin ganas de que un ladrillo me golpeará en la cabeza. Fue una época tersa, sin abruptos emocionales. Un día se acababa y el otro iniciaba en transiciones suaves e imperceptibles. En aquel momento no lo sabía. Ignoraba que mi búsqueda continuaba soterrada bajo esa superficie tranquila.

Un "accidente"

La herida es de una intimidad espantosa
 Roland Barthes, Fragmentos de un discurso
 amoroso.

Nos conocimos en un pueblo atravesado por las vías ferroviarias. Muy lejos del lugar donde tu camino había iniciado. Un pequeño pórtico blanco con el letrero "Comedor del migrante. Padre Gerardo Montelongo", junto al mural de una familia peregrina, anunciaban un remanso a los viajeros: descanso, comida, un baño caliente, con más suerte, un par de zapatos para soportar

el resto del trayecto. A un lado del comedor: una iglesia.

Era invierno y el sol comenzaba a ocultarse dando paso a un frío seco y polvoso. En aquel lugar las distancias se alargaban, igual que el tiempo. Para llegar pasé seis horas mirando por la ventana de la miniván colectiva una procesión repetida de huizaches, tierra parda, caseríos desperdigados, el interior rocoso de algún cerro y, de nuevo, el cielo.

Lejos de agotarme, sentí que el trayecto me devolvía una vitalidad olvidada. Verme a mí misma en aquel lugar me producía una satisfacción nerviosa. Intentaba disimular el entusiasmo por su obscuro contraste frente a los rostros cansados y la atmósfera de inmovilidad forzada que los envolvía. El cambio de gobierno en el vecino país del norte y el cierre de la frontera habían congelado el flujo migratorio, anclando a cientos de personas a ese patio de tierra que es el desierto, en la orilla superior del mapa mexicano.

El día que nos conocimos usaste una toalla blanca para cubrir tus piernas. Allí donde debía

curvarse el volumen de una rodilla, el paño caía lacio y vertical, pesando sobre la nada con una gravedad incómoda. Pensé que te cubrías porque sentías vergüenza. Yo quería decirte que no, que lo que le pasó a tu cuerpo obedecía a un orden más grande y poderoso, ajeno a nuestras voluntades. Fue ese orden, o más bien desorden, el que te condujo a los lugares más riesgosos, a las situaciones más imprevisibles, a la barandilla de metal de la que no pudiste sujetarte. Pensé que te avergonzaba haber fallado. Como si alguien pudiera vencer el azar, el caos, el vacío.

El hubiera no existe. La frase me vino a la cabeza, aunque afortunadamente no salió de mi boca. Existe algo de dolor en la recreación del pasado, en la corrección imaginaria de acciones ínfimas que evitarían la desgracia. Pero también hay consuelo. Ese regodeo masoquista nos lleva a otros escenarios: uno donde regresas a casa y levantas en brazos al nieto que aún no conoces. Otro donde caes sobre un montículo de tierra que te permite deslizarte lejos de las ruedas próximas a cortarte. Uno más donde te aferras con tus manos desnudas a la escalera y te

sostienes en el traqueteo, luego, fuera ya de riesgo, imaginas lo que pudo haberte pasado y un escalofrío acompaña esa visión. Tú misma, en ese recuerdo fantaseado, sientes alivio.

Un súbito giro de la memoria nos devuelve a la habitación donde conversamos. Pareciera que entre más tiempo nos detenemos en el hubiera inexistente más intensa es la sacudida. Volvemos de esa *no existencias* conscientes de la gravedad del momento, de la contundencia de lo real.

—¿Quieres ver?, me preguntaste.

Seguramente fue la fijeza involuntaria de mi mirada en esa toalla la que te llevó a preguntarlo, mientras iniciabas el gesto amenazante de tomar con los dedos una de las esquinas de la tela. Entonces sentí vergüenza. Los papeles se invirtieron en un instante, provocando un fuerte sonrojo. Quitaste la tela blanca que me cubría y viste mi desnudez. Algo de mi deseo fue revelado en esa pregunta. Supe entonces que era yo quien había fallado. Me unía a la horda de curiosos que posan su mirada fascinada en el dolor, en el cuerpo dañado. Tú, venciendo el pudor, ofreciste saciarme como el cordero que

acepta dócil sus amarres.

El dolor debe mostrarse en el espacio de la intimidad para un oído amoroso que lo escuche, una mirada que lo acaricie. Dije que no porque rechazaba esa comunión contigo y mi respuesta fue de una vehemencia innecesaria. Quizá por eso noté algo de crueldad en tu pregunta. Pero si tu desgracia era el atractivo que convocaba la mirada ¿qué más nos podría unir?, ¿de qué otra manera encontrarnos sino en la contemplación de nuestras heridas? No hace falta quitar la toalla para intuir lo que se esconde detrás. ¿Me miraste con compasión? ¿Te enternecieron mis miedos y pudores?

Un embarazo

Estamos en el patio de la casa. Mi hija, que ya tiene cuatro años, juega en el suelo con una moneda que yo guardaba como suvenir de mi trabajo de campo. Al verla girar entre sus dedos pienso en las vías. Pienso en el temblor de la grava y el estruendo del tren de carga pasando a toda velocidad. Siento la nostalgia física de ese

lugar que ahora me parece lejanísimo y extraño, tanto como la mujer entusiasta que se agachaba a poner monedas en el riel.

—Mamá, ¿por qué está así?, —me pregunta extrañada por la falta de relieve, pasando el dedo por donde antes hubo un escudo nacional.

—Porque el tren le pasó por encima—, le explico, retirándole el pelo de la cara. La aplastó con tanta fuerza que le borró el dibujo.

Ella sopesa el metal, que ahora es una lámina ligera, una oblea expandida que brilla al sol. Pienso en la frase que apareció en una de mis recientes lecturas: "La destrucción tiene sus cinceles de escultor".

—Mira, mamá, es un cuchillo, —dice raspando el borde contra el cemento.

De la terna de fatalidades que yo había invocado al principio —accidente, enfermedad, embarazo— la vida eligió la única capaz de crear mundo en lugar de destruirlo. Al principio intenté mantener el ritmo con la arrogancia de quien cree que la voluntad lo puede todo. Escribía con una mano y mecía con la otra, convencida de que mi vida anterior cabía

perfectamente en los huecos de la nueva. Fue un cálculo ingenuo. La crianza no dejó huecos, lo inundó todo como una marea lenta.

Sin que hubiera un día exacto de renuncia, mis libretas de campo fueron quedando sepultadas bajo pilas de ropa diminuta y horarios de sueño. Me sorprendió la facilidad con la que fui desalojada de mi propio centro. Muchos días sentí la urgencia de correr, me ahogaba mientras mi cuerpo seguía anclado a la silla.

La sacudida llegó para habitarme, para cumplir al pie de la letra mi deseo. No fue el choque espectacular que imaginaba, sino un peso lento y constante pasándome por encima, borrando mi relieve anterior, laminándome el ego y el tiempo hasta dejarme más fina, más tensa, con esta forma nueva que ahora vigila el juego desde la silla.

Mi hija se aburre pronto del metal y corre a perseguir cualquier cosa. Yo me quedo con la moneda en la mano. Está caliente. Al cerrar el puño, el borde afilado se me clava en la palma. El dolor minúsculo que me provoca es una mordida que convoca de nuevo el recuerdo.

La moneda sigue en mi mano, enfriándose. Ella tiene razón. Ahora es un cuchillo. Un pequeño instrumento de corte que me sirve para abrir, con mucho cuidado, la costura de los días y asomarme a ver qué queda de mí después del golpe.

Autoras

Daniela Vanessa Palma Arroyo, colombiana. Terapeuta Ocupacional por la Universidad del Valle (Cali) y Magíster en Educación y Desarrollo Humano por el CINDE y la Universidad de Manizales. Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud en las mismas instituciones, donde integra la línea de investigación *Jóvenes, Culturas y Poderes*. Mujer migrante y sobreviviente de cáncer, actualmente reside en Auckland, Nueva Zelanda. Su trabajo se inscribe en los estudios de migración y juventudes latinoamericanas, con énfasis en el cuerpo, los feminismos decoloniales y las autoetnografías. Es profesora del posgrado

en Discapacidad, Salud y Derechos Humanos de la Universidad Icesi (modalidad virtual), donde coordina procesos de sistematización de experiencias sociales y acompaña proyectos de investigación vinculados a la discapacidad, la salud y los derechos humanos.

Contacto: danielapalmaarroyo@gmail.com

Christine Brault, canadiense, es originaria de Tiohtià:ke/Montreal, Quebec, Canadá. Artista interdisciplinaria, según el contexto, cree principalmente acciones performáticas poéticas, activistas y feministas. A través del performance como metodología principal, sus investigaciones tratan de temas de migración, fronteras, derechos humanos, violencia de género y de la tierra. Desde hace más de una década, intenta crear puentes entre el sur y el norte de las Américas. Cuenta con una presencia regular en México, sobre todo en Ciudad Juárez, que sea por el medio de residencias, coloquios o impartiendo talleres artísticos como pre-texto a provocar conversaciones en relación con nuestras preocupaciones. Doctorante en el

programa Estudios y Prácticas de las Artes en la UQAM (Universidad de Quebec en Montreal) sigue con un proyecto de investigación-creación desde el arte de performance y la práctica social en Juárez. En Montreal, desde 2008, acompaña a personas inmigrantes en su aprendizaje del idioma quebequense, entre otros.

Contacto: christine.brault1@gmail.com

Andrea Itzel Padilla Mireles, mexicana. Licenciada en Filosofía por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Maestra en Estudios Culturales por el Colegio de la Frontera Norte y Doctora en Estudios Críticos de Género por la Universidad Iberoamericana CDMX. Ha participado como ponente en mesas, seminarios, conferencias y coloquios sobre arte, filosofía, género, fronteras y feminismo, tanto en México como en el extranjero. Profesora de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales en la Universidad Autónoma de Baja California campus Tijuana del 2014 al 2018. Sus temas de interés son los feminismos, la filosofía política,

las disidencias sexuales, las fronteras y los nuevos materialismos. Actualmente es investigadora independiente.

Contacto: andrea.itzelpm@gmail.com

Liliana Elizabeth Martínez Pérez, mexicana. Socioantropóloga por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México y maestranda en Ciencias Sociales en la misma institución. Integrante del proyecto de investigación *Estudios fronterizos 2025*. Su línea de investigación se centra en mujeres indígenas, migración, afectos y cuidados, temas que aborda desde diversas corrientes teóricas feministas. Desde 2017 realiza trabajo de campo en comunidades mixtecas, combinando metodologías participativas con enfoques interseccionales. Ha participado en seminarios especializados en estudios de género y análisis feminista.

C o n t a c t o :
martinezperezliliana140@gmail.com

Laura Viridiana Orosco Martínez,

mexicana. Estudiante de la Licenciatura de Filosofía e Historia de las Ideas en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Prestadora de servicio social (2025-2) e integrante del proyecto de investigación 2025 del grupo de investigación Estudios Fronterizos de la UACM.

Contacto: laura2213orosco@gmail.com

Noemi Ocadiz de la Cruz, mexicana. Estudiante de la Licenciatura en Filosofía e Historia de las Ideas en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Se interesa por el estudio de la filosofía fronteriza, las experiencias de movilidad humana, las narrativas del desplazamiento y la construcción simbólica de la identidad en contextos migratorios. Su trabajo académico se orienta hacia el estudio de la experiencia como eje para comprender las tensiones entre territorio, memoria y permanencia, especialmente en comunidades atravesadas por procesos de salida y retorno. Continúa ampliando su formación en temas vinculados a migración, violencia

estructural y relatos de vida. Le interesa vincular la reflexión filosófica con el registro sensible de historias cotidianas y con el estudio de prácticas narrativas que expresan afectos, vínculos y rupturas en torno al acto de migrar.

Contacto: noemiocd27@gmail.com

Sofia Cash, argentina. Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Buenos Aires. Becaria SECIHTI (Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación). Actualmente se encuentra cursando la maestría en Antropología Social en la Universidad Iberoamericana y realizando trabajo de campo en albergues y campamentos de personas migrantes en la Ciudad de México. Sus líneas de investigación son: trayectorias migratorias de mujeres e infancias, violencias, estrategias y economía de la migración.

Contacto: soficash@gmail.com

Luisa Alquisiras Terrones, mexicana. Doctora en Sociología por la BUAP. Desde el 2023 es candidata en el Sistema Nacional de Investigadores. A partir de la tesis de doctorado:

“Mutilaciones en el orden neoliberal: migrantes centroamericanos en tránsito por México”, ha enfocado su trabajo en indagar en las condiciones socio políticas que enmarcan la experiencia de las personas que sufren lesiones físicas en sus desplazamientos por México en condición de irregularidad, así como en los efectos personales y sociales de este fenómeno. Actualmente, realiza una estancia posdoctoral SECIHTI en la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco. Sus intereses de investigación están centrados en la producción de subjetividades en escenarios de violencia sociopolítica, cuerpo y desplazamiento migratorio.

Contacto: luisa.alte@gmail.com

Roxana Rodríguez Ortiz, mexicana. Escritora, investigadora nacional SNII (SECIHITI), doctora en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada (Universidad Autónoma de Barcelona) y profesora de Filosofía e Historia de las Ideas en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México

(UACM). Referente a nivel mundial de los Estudios Críticos de Frontera. Su trabajo, inspirado por la filosofía y la deconstrucción de Jacques Derrida, explora temas como hospitalidad, autoinmunidad, vulnerabilidad, insulto y duelo, estableciendo conexiones profundas entre la filosofía, la literatura y la ecología. Coordinadora del grupo de investigación de Estudios Fronterizos.

Contacto: roxrodri@gmail.com

After the Storm es un proyecto editorial independiente que conecta México y Estados Unidos.

Su objetivo es destacar las voces de escritores y escritoras de la región, construyendo un catálogo que combine calidad literaria y relevancia social, posicionándose como una de las mejores editoriales independientes de la frontera.

www.afterthestorm.store

RELATOS DESDE LA AUTOETNOGRAFÍA

Narrativas fronterizas de nuestra América

ROXANA RODRÍGUEZ ORTIZ

(EDITORIA)

Relatos desde la autoetnografía reúne ocho voces que exploran la migración, el cuerpo, la memoria, el dolor, la maternidad, la frontera y la escritura como experiencia viva. Lejos de la rigidez académica, estos textos apuestan por una narrativa íntima, sensible y crítica, donde la investigación también tiembla, recuerda y se expone. El libro es una invitación a pensar que otra escritura es posible: una que no renuncia al rigor, pero que se atreve a mirar desde la herida, el afecto y la experiencia compartida.

Además de ser una compilación de relatos, este libro es también una apuesta ética y política por otra forma de producir conocimiento. Aquí, la escritura se vuelve un territorio de cruce entre investigación, experiencia y afecto; un espacio donde las autoras no solo observan el mundo, sino que se dejan atravesar por él. Entre cuerpos, ciudades, maternidades, precariedades y desplazamientos, Relatos desde la autoetnografía muestra que narrar en primera persona también puede ser una forma de pensar críticamente, de resistir y de construir un nosotras desde la fragilidad compartida.


AFTER THE STORM
PUBLISHING HOUSE

ESTUDIOS FRONTERIZOS
Plataforma de exploración fronteriza. Dispositivo de reflexión teórica y enunciación práctica.